

Desilusionado de la política, se retira al campo, y en Barca de Alva se hace agricultor; en sus viñedos llegan a trabajar cuatrocientos cavadores. La agricultura es desde entonces su medio de vida y la chamarilería su pasión. Deja una de las colecciones más ricas de antigüedades, especialmente de porcelanas. Se le conocía bien en algunas pueblos españoles, por donde pasaba frecuentemente con un burro y unas grandes alforjas, voceando; «¿Quién tiene para vender cuencos, palanganas, medias fuentes?» Se le ha atribuido este gesto por la alfarería a cierto sentimiento de lo oriental, nada extraño en quien llevaba en los rasgos de su fisonomía y de su espíritu el sello inequívoco de su origen semita. Pero volvamos a su formación metafísica, aunque no fuese extraña a ella su genealogía étnica.

Guerra Junqueiro fué un hijo lealísimo de su centuria, el siglo XX. Estudió Derecho en Coimbra, que en aquella época era uno de los grandes centros de la cultura portuguesa, la enseñada adonde fluían las más selectas variedades del pensamiento europeo. Lo mejor del arte y la filosofía de Europa resonaba allí como en hogar propio, penetrando en las más sensibles conciencias. Francia era el gran vehículo de lo propio y lo ajeno. Algunos, como Antero de Quental, se empapaban de hegelianismo y de otras manifestaciones de la cultura alemana; pero lo habitual era embeberse de lirismo en Víctor Hugo y Baudelaire; de socialismo, en Proudhon; de escepticismo religioso, en Renán; de historicismo, en Michelet y Taine; de positivismo, en Comte. Las influencias de algunas de estas corrientes sobre el mozo Guerra Junqueiro debieron ser indirectas, pero no por eso menos poderosas y algunas indelebles. Lo que más caracteriza a su pensamiento posterior es la marca científicista de ese siglo XIX. Para él las ciencias positivas representan el máximo patrimonio de la Humanidad, y el arte puede superarse a sí mismo, en el transcurso de las edades, sólo por virtud de los crecientes descubrimientos científicos. Alguna vez tuvo veleidades de investigador, como Goethe, y su ambición, al parecer, era construir un sistema filosófico que tuviera por base las últimas conquistas de la ciencia moderna. Después de cantar el mundo quería explicarlo; el sentimiento se hacía idea; la intuición artística, razón metafísica.

No sabemos si esta ambición está realizada; pero sí intentada. Todavía permanece inédita. De su existencia ganamos noticia por la interesante conversación que en 1919 tuvo el poeta con el Sr. Agostinho do Campos, autor de una *Antología* de Guerra Junqueiro, y en cuyo prólogo—del que tomamos algunos datos de este ensayo—van incluidas las revelaciones que entonces le hizo. Hay una fuerte melancolía—la melancolía de lo que, un día poderoso, es ya impotente y caduco—en esa confesión del poeta. Fué siempre un poeta peripatético, que rimaba al andar por calles y campos y almacenaba en su memoria la cosecha lírica de sus grandes paseos. Pero ya no podría hacer versos, porque la edad le había debilitado la memoria y no le era posible retener en el cerebro, como antes, todas las rimas y todas las imágenes. Quedarían, pues, incompletos los dos poemas que habían de cerrar su obra poética: el *Prometeo libertado* y el *Camino del Cielo*. Escribía lo que faltaba en prosa, y si algunos de los cantos o algunas de sus partes le salían en verso, tanto mejor... Por lo visto, no logró acabar, de ninguna manera, estos sus cantos de cisne.

En cuatro mil páginas de apuntes, inéditas, está la labor filosófica de Guerra Junqueiro. Su propósito era construir un sistema completo de filosofía, como el de Comte; una metafísica que partiese de la física para llegar a una biología, a una moral y a una cosmogonía, tomando por base todo el progreso científico del último siglo. Familiarizóse con ese progreso cuanto describe así esa obra desconocida:

«Son los «procesos» de mi examen sobre la vida y el mundo. O más bien: son los «procesos» de las propias soluciones que yo procuraba dar a los problemas filosóficos. Cada uno de los grandes capítulos de mi metafísica está desarrollado por mí en esos papeles, donde lanzaba mis opiniones, sometiéndolas en seguida a rigurosas contrapruebas, haciéndome, después de meditado cualquier asunto, la contrafigura de mi propia manera de ver, y reformándola, sustituyéndola o reforzándola, según las conclusiones de autodiscusión o autocrítica así hecha. Por eso los llamo «pro-

cesos». Pero esos papeles no serán publicados, o no lo serán, por lo menos, durante mi vida. Intento legarlos al Estado en testamento, y me contentaré con aplicar la existencia que me queda a la elaboración de la síntesis o resumen de mi filosofía. Dentro de breves días voy a marcharme para mi casa de Oporto, donde empezaré a escribir ese libro, que tendrá apenas unas doscientas cincuenta páginas, y debe estar listo dentro de un año o año y medio. No puedo hacer más, y bien contento quedaré si hago tanto, porque, de lo contrario, a pesar de la obra poética que tengo publicada, si no consigo llevar a cabo este trabajo, moriré desconocido...»

Grandes debieron ser las esperanzas de Guerra Junqueiro en la excelencia de su obra filosófica para suponer que su genio poético apenas revelaba su verdadera personalidad, y que en el libro resumen que preparaba hallarían los especialistas de varias ciencias de la naturaleza y del hombre numerosos hilos o guías que, bien seguidos, habrían de conducirles a sorprendentes desenvolvimientos. Tampoco pudo, que sepamos, completar este, en su opinión, fecundísimo tratado. Por lo menos, permanece inédito. De todos modos, sería deseable que fuera publicado lo que dejó escrito. Acaso ha pasado, de momento, la época de los sistemas filosóficos integrales, que nada dejaban por explicar; pero, aunque el pensamiento de Guerra Junqueiro no revelase en esos escritos inéditos toda la originalidad y fecundidad que él, como buen abuelo septuagenario, más que padre, de sus ideas, le atribuía, siempre se salvarían por una cualidad que, por encima de lo episódico y erróneo de muchas partes de su obra, la harían imperecedera: por su estilo.

Pero no hace falta esperar a la aparición, si llega, de esos trabajos para conocer su estética y su metafísica. La primera está en sus poemas; la segunda, en sus prosas dispersas. En el fondo son la misma cosa: como hemos de ver en un próximo examen.

LUIS ARAQUISTAIN

Estoril, 1923.

La prensa y las dictaduras

El General Altamirano ha resuelto no dejarse entrevistar ni hacer declaraciones ningunas a la prensa; y el General Primo de Rivera, que en un principio era todo mieles para los periodistas, ahora los tiene en un puño, y los diarios españoles se hallan sometidos a la más ruda censura; en Italia la prensa se halla amordazada; y en nuestra hermana Venezuela los periódicos no pueden publicar sino recortes amenos de la prensa extranjera y elogios sin tasa ni medida al Jefe, a la Causa de Diciembre, etc., etc.

Es que la prensa y las dictaduras son absolutamente incompatibles. La prensa libre es la más alta expresión de la democracia y la concreción de las garantías y de los derechos individuales. La prensa es luz, y las dictaduras no pueden vivir sino en la sombra; con una prensa valerosa y vigilante, ningún atropello puede quedar impune, ningún derecho legítimo puede ser violado, y la dictadura es atropello y es violación. Por eso cuando principian a oírse voces que piden la represión de la prensa y claman contra lo que llaman sus desmanes, los amigos de la libertad deben ponerse alerta y prepararse a rechazar una segura ofensiva contra las instituciones democráticas.

(De *El Tiempo*, Bogotá).

Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta 10 ejemplares de cada una de las siguientes:

El Plano Oblicuo Precio \$ 2.50
Símbolos y Diferencias (Cuatro series) Precio de cada serie \$ 2.50